

— ¿Y el nombre de ese moribundo?

— Spolto.

— ¿Spolto? — repitieron los circunstantes retrocediendo instintivamente. — ¿Spolto el veronés?

— El mismo.

— Mas decid, caballero, ¿os legó así también su arte?

— preguntó ansioso el conde.

— ¿Su golpe secreto? ¡Qué duda cabe, señores; — dijo Bernardo alegremente. — La receta para hacer tuertos formaba parte de la herencia.

Cesó el coloquio. Los gentileshombres del rey acababan de detenerse á diez pasos de los interlocutores, y saludaban á una, barriendo el suelo con sus sombreros adornados de plumas.

## XIII

## EL OJO DE MAUGRÓN

Tiempo hace que no nos ocupamos de los dichos y hechos de dos de los más importantes personajes de esta verídica historia.

Se recordará que el barón de Cortomontel luego de conducir á su generoso vencedor en el viñedo de los Cartujos hasta el Hotel de los Villanueva-Marsan habíase despedido de Bernardo, indicándole su dirección y haciendo reiteradas protestas, de fidelidad. Y en posesión de una suma de dos pistolas que por orden de su amo le entregara Matraca, tomó el camino de los Santos Padres, que recorrió con lentitud, y luego el muelle de los Teatinos, subiendo hacia la puerta de Nesle, seguido siempre de *Diógenes* que tras él marchaba, baja la cabeza y el rabo entre las piernas.

Llegado al sitio en que el fangoso canalillo había sido rellenado, Cortomontel torció á mano derecha, entrando en la calle de los Agustinitos.



— Ese joven, — pensaba — es un bravo y honrado mancebo. Habría podido hacerme ahorcar entregándome al Prevostazgo, pues tal era su derecho. Sin embargo, ha preferido perdonarme, lo cual está muy bien, y aceptar mis servicios, que es aún mejor. Ya llegará día en que pueda mostrarle mi gratitud... Pero ¿por qué se parece tanto á ese bandido de Sed de sangre? Á punto estuve de confundirlo con él, y á no ser por *Diógenes*... Á propósito de *Diógenes*; ¿qué diablos le pasa á este excelente perro? Cualquiera diría que pretende desertar huyendo por la calle Tarane...

El hombre, luego de seguir la calle de San Benito disponíase en aquel momento á tomar por la de la Cloaca, que acababa de ser abierta.

— ¡Aquí, Diógenes! — gritó llamando á su perro que en efecto daba muestras de inquietud. — ¿Quieres venir aquí, maldito cancerbero?... Oigo pasos de caballo, y ese animal se hará aplastar por ellos, como si lo viera...

Diógenes no hacía caso, empeñado como se hallaba en salir al encuentro de los aún invisibles jinetes. Entonces su amo corrió tras él, y tomándole por el collar lo arrastró á viva fuerza hacia la calle de la Cloaca.

Es de suponer que tan expeditivo modo de llevarle al buen camino no fué del gusto de Diógenes, porque éste dióse á ladrar, como para hacer patente su contrariedad, respondiendo en el acto á su ladrido un sonoro relincho en la próxima calle de Tarane, al mismo tiempo que hasta los oídos de Cortomontel llegaba

distintamente el inconfundible ruido del galope de dos caballos.

Por lo que pudiera suceder, el noble barón, cuya conciencia no estaba que digamos muy tranquila, apresuróse á alejarse de aquel sitio, procurando hacer callar al perro, que con sus ladridos denunciaba su presencia.

Pero Diógenes, por completo sublevado, resistiase á seguir, y ladraba lúgubrementemente, sin interrupción, de modo á requerir la presencia de los jinetes de ronda, si por casualidad se hubiesen hallado por aquellos andurriales.

No era así, por fortuna para Cortomontel, aun cuando los incógnitos caballeros, siguiendo la pista que les indicaba el perro, llegaban al galope.

— ¡Mísero de mí! — exclamó el barón... Este maldito animal ha jurado sin duda perderme...

Y esto diciendo abandonó á Diógenes para llamar con la energía de la desesperación á una puerta adornada con gruesos clavos, encima de la cual balanceábase una plancha de metal á modo de muestra, en la que podía leerse estas tres palabras: *Las tres coronas*, débilmente iluminadas por la claridad escasa producida por la luz que ardía en un retablo inmediato. Era aquel el título de una posada, á la puerta de la cual seguía llamando Cortomontel con verdadera furia.

Tal escándalo hubo de armar, que para acallararlo sin duda el dueño de la posada apareció en el marco de una ventana, y armado de enorme mosquete de sitio hubo de intimar al que llamaba la orden de retirarse ense-



guida so pena de ser allí sacrificado como un vulgar hugonote.

Grande hubiera sido el estupor de Cortomontel oyendo tan belicoso lenguaje de labios del patrón de Las tres coronas, que él sabía hombre pacífico y mansejon á carta cabal, á no verse solicitada su atención por el estrépito que ocasionó la ruidosa llegada á aquellos parajes de dos caballos, mejor dicho, de un caballo y de un mulo, que se detuvieron bruscamente, aceptando con benevolencia las locas caricias que les prodigaba el poco antes inquieto Diógenes. Un instante después llegaba junto á los animales, sudando y jadeante, un hombre de notable corpulencia, en quien Cortomontel reconoció á Matraca.

Era en efecto el escudero de Sed de amor, quien llegaba en seguimiento de las dos cabalgaduras, que, ávidas de un buen pienso, habíanse dado á correr con gran desesperación de su custodio el ventrudo escudero impotente para seguirlas en su marcha más que acelerada.

Tranquilizado en sus temores, y alegre por tal encuentro, Cortomontel preguntó entusiasmado :

— ¿Venís acaso á pedirme hospitalidad, señor Matraca?

— ¡Alto ahí! — dijo el hombre asegurando las bridas de las dos monturas. Sabed que habéis de llamarme señor barón, si no queréis cometer una injusticia que no he de toleraros.

— ¡Cómo! ¿Seríais vos acaso?...

— ¿Noble? Tanto por lo menos como vos mismo.

Oídme, y veréis que estoy en lo justo al afirmarlo. Yo soy de Barbotan, sabedlo bien. Y como de Barbotan á Baronbotan no hay más que dos letras, poca cosa como veis, yo las suprimo y me baronizo Botan... ¿Está esto claro?

Cortomontel no tuvo tiempo para contestar si aquella baronía parecía clara ó turbia, ni aun para manifestar su sorpresa, porque la puerta de la posada de *Las Tres coronas* se abrió en aquel instante, apareciendo en su umbral el posadero con una luz en la mano.

Desde la ventana á la que se asomara armado del tremendo arcabuz, había oído el digno huésped algunas de las palabras pronunciadas por Matraca : y creyendo en la veracidad de las mismas, juzgó que era su deber acudir á inclinarse ante el gentilhomme que se dignaba honrar su casa con su presencia.

Poco después Djaulia y el mulo descansaban sobre fresca pajaza, mientras que los dos barones de contrabando, después de cenar á gusto, dormían sobre colchones de muelle pluma. Lo cual no les impidió abandonar sus lechos muy de mañana para ir en busca de las dos cabalgaduras, dirigiéndose con ellas hacia el Hotel de Villanueva-Marsan para averiguar lo que hubiera podido ocurrirle al caballero á quien dejaran la noche antes en las inmediaciones de la casa de las Miñonas.

.....

Tanto Sed de amor como sus nuevos amigos, se apresuraron á contestar al ceremonioso saludo del primer gentilhomme de la Cámara, de Maugiron y de los testi-



gos de ambos ,haciendo ante ellos una graciosa reverencia. Luego, sin pérdida de momento, y ante la mirada indiferente de aquellos á quienes la suerte no adjudicó papel activo, los ocho actores que debían tomar parte en el drama se colocaron frente á frente en dos líneas de á cuatro, y comenzaron á desvestirse, arrojando sombreros, capas, casacas y sobrevestes unos cerca del zarzal y otros al lado contrario.

Aparecieron entonces todos en mangas de camisas, abiertas estas por delante de modo á dejar ver, pendientes del cuello de sus propietarios, pequeños saquitos, relicarios, medallas, y alguno que otro retrato de mujer, sin duda amada. En aquel tiempo hacía furor la moda de los talismanes destinados á preservar, al que poseía alguno de ellos, de estocadas y de mala muerte. Claro que una buena cota de mallas habría sido de mucho mayor utilidad; pero católicos y protestantes creíanse intangibles con tan inofensivos protectores, y para probar su virtud, se dejaban mechar á estocadas y cintarazos.

— También por lo que veo, — dijo Chicot señalando al pecho de Bernardo — aficionáis los talismanes.

Llevaba en efecto Sed de amor, colgados del cuello, un saquito de tela y un medallón. Pero no se trataba, como pudo creerlo Chicot, de talismanes. El saco contenía el pedazo de pergamino manchado de sangre que el viñador Garrote encontrara cierta noche sujeto con un alfiler en las ropas que cubrían al niño hijo de la muerta desconocida; y por lo que respecta al medallón era el que el lector ya conoce, y que con el pergamino

constituía el único medio de que le era dado disponer al caballero de Arma para que su familia pudiese reconocerlo algún día, más tarde ó más temprano.

La observación hecha por el enano hubo de llamar la atención del conde de Entragues, quien se inclinó hacia Bernardo con objeto de ver más de cerca sus talismanes.

— ¡Cur non! — murmuró después de leer la divisa que enmarcaba la imagen del Ariosto. — ¡Arma! ¡Cur non!.. y además ese parecido!... Me parece mucho que durante el proceso se habló de un objeto como ése, que se había perdido.. ¿Cómo puede estar en poder del caballero?

Mientras tanto, los que se disponían á combatir vaciaban los bolsillos de sus calzas, y hecho esto, y en un ademán de suprema fanfarronada, se agacharon para desatar los lazos de sus zapatos, impertinencia que denotaba su intención firmísima de no retroceder.

Sed de amor fué el único que no pudo hacer alarde de tal audacia porque su traje de jinete no se parecía en nada á los vestidos de corte que llevaban los miñones; calzaban en efecto botas altas, cuyos tirantes llegaban á las inmediaciones del calzón, amplio y corto.

Bruscamente, los ocho jóvenes se enderezaron, desabrochando los cinturones; las manos izquierdas soldáronse á las empuñaduras de las dagas, mientras que las derechas se elevaban sosteniendo las espadas aún envainadas.

Era aquel el instante psicológico, el momento supremo que precedía al ataque. Hasta entonces los duelistas



habían procedido en silencio; pero este iba á romperse al comenzar la obligada presentación de adversario á adversario.

Era esta una costumbre que tenía fuerza de ley. Por virtud de una especie de indispensable protocolo, la matanza debía ir precedida del anuncio pomposo de los nombres, títulos y cualidades de los combatientes.

— Caballero, comenzó el ofendido dirigiéndose á Sed de amor — yo, Rolando, conde de Armañac, duque de Saboya-Nemours, oficial de la orden y primer gentil-hombre de cámara de su majestad, voy á tener el honor de estoquearos y dagaos, por gusto, con arreglo á las lecciones que recibí del maestro La Fraicheur.

Bernardo contestó sencillamente :

— Yo, señor, no soy más que caballero de Arma... y aun no estoy muy cierto de que así sea. Pero mi causa es justa y eso vale algo. Espero que le reconoceréis la nobleza que tal vez me falte á mí... Estoy á vuestras órdenes.

Los demás miñones continuaron el ceremonial, hablando cada uno en su turno.

— Fernando, marqués de Maugiron, oficial de la orden, oficial del guardarropa.

— Carlos de Balzac, conde de Entragues.

— Juan Luis, señor de Nogaret y de la Valette, conde de Epernon, oficial de la orden, montero mayor.

Felipe Manuel de Lorena, duque de Mercœur, cuñado del rey.

Esta última cualidad no debió ser declinada en aquel sitio; pero en el momento de afrontar la muerte, cada

uno se envanecía de lo que podía, y como Felipe Manuel no estaba condecorado, como los miñones de Enrique III, juzgaba útil alardear de su parentesco con él, parentesco indiscutible, pues era hermano de Luisa de Vaudemon-Lorena, la reina.

— Juan du Gaz, caballero de la Rougie, oficial de la orden, gentilhombre de casa y boca.

¿En virtud de qué casualidad ó capricho de la suerte habíale tocado al tímido admirador de Fiamma, al dócil bebedor de brebajes azucarados por un dedo femenino, secundar al arrogante Maugiron? El mismo no hubiera podido decirlo, pues desde su conversación con la protegida de Salem Kebir vivía como en un sueño, en estado de hipnosis. Iba á batirse sin saber siquiera porqué, ajeno á toda preocupación, y con el pensamiento fijo tan sólo en la hermosa Fiamma.

El enano, último testigo, debía nombrarse á su vez para terminar con aquel preámbulo. Y no queriendo parecer menos fatuo que los demás, se presentó en estos términos :

— Chicót primero, gentilhombre gascón. Teneos bien, señor du Gaz, si no queréis tragaros mi puñal que lleva esta divisa : « Amargo como el acíbar. »

Acababa apenas de terminar su grotesca fanfarroada el hombrecillo, cuando agitando en el aire su espada á modo de un látigo, de Entragues envió la vaina á más de quince pasos detrás de él. Imitáronle los demás, y las vainas volaron en torno á los dueñistas, con vibraciones de flechas.

— ¡ Vamos allá ! — murmuraba en su escondite el



hombre de la capa. — Después de las baladronadas, los gestos de aparato; pero después de éstos, los golpes... Bueno: se trata de mirar bien; no haga el diablo que el hombre de la cara robada me estropee á mi gallito.

Así diciendo, examinó una vez más su cerbatana, y llevando uno de los extremos de la misma á sus labios, esperó los acontecimientos.

No todas las vainas salieron silbando al primer golpe. Sea por excesiva nobleza del ademán, sea porque los brazos anduvieron torpes, las de du Gaz y Maugiron salieron sólo á medias, doblándose enseguida sobre la punta de las hojas. Este hecho, que no se producía casi nunca, era considerado entre los duelistas como un presagio funesto. Du Gaz, ni se fijó siquiera en el incidente; en cambio Maugiron quedó, á consecuencia del mismo, bastante mal impresionado; pero tanto uno como otro acabaron de hacer caer las vainas con la punta de sus puñales.

Pocos momentos bastaron á Rolando para comprender que no le sería posible jugar con el que él calificara desdeñosamente de hidalguete sin importancia. En efecto, la fisonomía del caballero, animada hasta el punto de parecer resplandeciente, había tomado tal expresión de fiera audacia desde que se chocaron los aceros, y con tal rapidez dió su espada, vibrante y viviente, una, dos y varias vueltas á la espada de su rival, que el rey de los refinados vióse en la precisión de dar un salto atrás para evitar el cuerpo á cuerpo consecutivo á tan rápido ataque.

Sorprendido, asombrado y gozoso á un mismo tiempo de no haber sido ensartado de improviso por el acero de aquel loco, cuyo vigor era tan extraordinario como abundante su escuela en amagos incomprensibles, Rolando volvió á la guardia, perfectamente resuelto á mantenerse á la defensiva.

Contaba con el cansancio próximo de su rival, con una falta posible de éste, motivada por la impaciencia ó la nerviosidad. Bastaría en todo caso con obligarle á descubrirse aunque no fuese más que un segundo; él sabría aprovecharlo para atacar, la espada en línea, y atravesarle de parte á parte.

Pero Rolando no contaba con el carácter de su adversario. Desde el momento en que chocaba con otro su acero, una extraña fiebre apoderábase de Bernardo, quien perdía la noción de todo aquello que no fuese el lance en que se encontraba actuando; concentrábase en este toda su atención y sus energías todas, y quedaba en el acto convertido, sin él mismo darse cuenta de ello, en un ser verdaderamente peligroso.

Y este fenómeno habíase producido una vez más, en cuanto sintió que su espada oprimía la del duque, quien habría visto sin duda horadado su pellejo por la flexible hoja milanese, á no ponerse de un salto fuera del alcance de la misma.

Afortunadamente para todos, Rolando rompió, como decimos, y dió tiempo con su movimiento á nuestro caballero para que recobrase toda su sangre fría, y para acordarse de su aún reciente resolución: la de castigar al insultador de los Villanueva-Marsan, evi-



tando al mismo tiempo herirle gravemente antes de conocerle á fondo, pues el enigma de su rostro hacia-sele sagrado, por el momento al menos.

Oculto detrás del zarzal, el hombre de la capa podía ver por entre el follaje á Rolando, casi de frente; y es de creer que la impresión que su vista le producía no era en verdad muy agradable, porque sus manos, agitados por temblor convulsivo, sacudían involuntariamente el tubo del que se proponía servirse en caso de extrema necesidad, y sus ojos lanzaban miradas agudas como dardos, con las que parecía querer atravesar al favorito del rey. Hubo un momento en que sus dientes castañetearon, y durante el cual hubiera sido posible oírle murmurar:

— Nunca lo había visto tan bien como ahora... ¡Es odioso, odioso! ¿Cómo ha podido Dios permitir cosa tan inaudita, *el robo de un semblante*? ¡Ah, condenada Phtah, bruja maldita! Pueda el infierno tragarte, ya que pudiste concebir, y sobre todo realizar, esa blasfemia viviente...

Preciso era que aquel hombre se hallase dotado de voluntad superior y de mágico imperio sobre sí mismo para poder resistir, no obstante el estado de excitación en que se encontraba, al delirio homicida que impulsábale á servirse en el acto de su arma de viento, de su proyectil químico.

Pero volvamos al duelo. De Entragues comenzó á tantear el hierro de su adversario Maugiron con alguna tibieza, para tener tiempo de ver cómo se portaba Bernardo; pero una vez convencido de que éste

daría qué hacer al duque, entregóse por completo á la partida empeñada, firmemente resuelto á ganarla á todo trance.

El y Maugiron habíanse batido ya varias veces; conocíanse pues, y su modo de atacarse se resentía, como es natural, de la mutua estima en que, en el terreno, teníanse ambos.

Ya hemos dicho que Mercœur tenía como adversario á de Epernon. Este último, que contaba cuatro años más de edad que el hermano de la reina, era el vencedor afortunado en algunos lances ruidosos que le valieron notable reputación; se comprenderá pues que el joven Felipe Manuel tuviese empeño en tocar á toda costa á un refinado como el que tenía enfrente. De aquí que lo atacase con violencia, haciendo llover sobre él un diluvio de amagos; pero de Epernon, hombre hábil y que ningún resentimiento tenía con su rival, dejábale que se fatigase, proponiéndose esperar un momento oportuno para hacerle un ligero pinchazo.

Este era en efecto, su único recurso, pues aunque muy apreciado en la corte, constábale que para él sería una desgracia herir gravemente á un miñón emparentado á la vez con los Valois y con los Guisas.

Cuanto á Chicot y á du Gaz, ambos fraseaban lindamente, la espada en mano. De haberse hallado en su estado normal, el caballero de la Rougie habríase desecho prontamente del enano; pero por desgracia para él había bebido, y dábale á responder á las inútiles estocadas del gascón con amagos no menos inútiles y



cómicos, moviéndose los dos como diablos y gritando como sordos.

En resumen, las fuerzas parecían bastante equilibradas entre de Entragues y Maugiron, Mercœur y Epernon y Chicot y du Gaz, hasta el punto de que hubiera sido muy difícil presagiar por quienes se decidiría la victoria.

No sucedía lo mismo en lo que respecta á Sed de Amor y á Rolando. Terminado el breve momento de indecisión que hubo de seguir á su primer encuentro, viendo el caballero protector de las hermosas y de los oprimidos que su adversario manteníase resueltamente á la defensiva, tomó él á su vez la ofensiva, adoptando una guardia semi-italiana y tirando al refinado desconcertantes golpes en la línea baja.

— ¡ Oh, oh ! — dijo el duque de Nemours demasiado ocupado en parar, para que le fuese posible contestar á los golpes. — ¿ Qué escuela es ésa, caballero ?

— La mía, por lo visto, — contestó Bernardo.

— ¿ Será preciso arrastrarse para tocaros ?

— De ningún modo ; pero si preferís volar, por mí que no quede ; volad pues, — replicó el de Arma. Y enderezándose con presteza, separó en dos, con la punta de su espada la mecha de cabellos que caía sobre la frente de Rolando.

— ¡ Cuernos del diablo ! — rugió éste último sacudiendo la cabeza para poner un poco de orden en sus cabellos desarreglados.

— ¿ Os he tocado, señor mío

— No.

— En ese caso continuemos ; — dijo Sed de Amor que en vez de continuar atacando como podía hacerlo, habíase dado á examinar la punta de su arma.

El duque cayó de nuevo en guardia. Pero esta vez no hubiera sido fácil reconocer en él al gentilhombre de descuidada indiferencia. Habíase transformado de pronto su hermoso rostro, adquiriendo cierta expresión de feroz bestialidad que era en él indicadora del paroxismo de la cólera. Su bigote rizado, perfumado y peinado con peine de plomo, erizóse en abanico, como el de los gatos, mientras que un filete de oro atravesaba sus pupilas negras, indicando la naturaleza de los sentimientos que en aquel instante agitaban su alma. Era la suya una pupila de tigre ; en sus ojos leíase la sed de sangre.

Continuó la lucha. El duque Rolando acumulaba todos los recursos de su saber, y ponía en práctica los que le enseñara el constante ejercicio de la esgrima, arte en el que llegó á obtener el título fatal de rey de los refinados. Sin embargo, el reputado esgrimista continuaba manteniéndose á la defensiva, parando tan sólo, y esperando con impaciencia á que se produjera una descubierta propicia como la que tuvo la torpeza de no aprovechar un momento antes.

Y es el caso que su reconocida pericia, y el profundo estudio que creía haber hecho de la ciencia de la espada, no le otorgaban no ya superioridad alguna, pero ni siquiera la beligerancia, con aquel demonio de caballero cuya agilidad era tan pasmosa, tan grande su firmeza y tan imprevista la velocidad de su



mano, que el duque se veía en la necesidad de concentrar toda su atención en la punta de aquella espada que ante él se movía constantemente amenazadora.

A los ataques fulminantes de los ojos de basilisco del gran favorito, respondían las miradas convergentes de los ojos del gentilhomme viajero. Era éste como un segundo duelo, el duelo de los espejos del alma, y en éste, como en el otro, era el nuevo amigo de los partidarios del duque de Guisa quien llevaba la ventaja.

Veíase claramente que el joven caballero hacía cuanto le era dable para conservar la calma, empleando su saber y su destreza en el empeño de tocar al duque sin estropearlo demasiado. Como también veíase con claridad que si un incidente cualquiera llegaba á ponerlo en estado de inferioridad, su contrario no se mostraría con él generoso, y procuraría no cantar victoria hasta dejarle muerto en el suelo.

En este punto se hallaban las cosas, sin que hubiese habido que lamentar ninguna herida de importancia en uno ni otro bando, cuando sonó un grito, lanzado por de Entragues. Este, al romper, habíase enredado en los desatados lazos de uno de sus zapatos, y hubo de caer de golpe sobre la rodilla derecha, teniendo la desgracia de que su espada se rompiese al intentar apoyarse en ella para levantarse. El conde era hombre muerto, porque usando de su derecho, y aprovechándose de la caída de su adversario, Maugiron llegaba ya hacia él con la daga levantada, pronto á herir.

Pero no tuvo tiempo. Al grito arrojado por su amigo hubo de contestar Sed de Amor con una carcajada, y

pudo entonces verse cómo el terrible heredero de Spolto hacía una soberbia carambola compuesta de dos movimientos inesperados.

Fué el primero una torsión rápida del puño, cuyo resultado fué liar á la suya la espada de Rolando, arrancársela de la mano y lanzarla á gran distancia. El segundo fué un salto de costado que lo colocó entre de Entragues y Maugiron.

— ¡Alto allá, señor oficial del guardarropa! — gritó azotando la mano armada del puñal hasta obligarla á soltarlo. — Os preparabais á ejercer un bajo oficio, y aquí vengo para evitaros esa vergüenza... ¡ En guardia, qué diablo! ¡ Pero pronto, pronto!...

Y aprovechándose de la carrera del duque desarmado en busca de su espada, cruzó su hierro con el de Maugiron, diciéndole al mismo tiempo :

— ¡Bellos ojos tenéis por vida mía, señor de Maugiron! Ojos que empleáis mal, según parece... ¿ Queréis jurarme que no los emplearéis contra la señorita de Villanueva-Marsan? ¿ No? Pues cubrios bien... No, no miréis si vuelve el duque; por pronto que llegue llegará tarde... Es cuestión de un momento...

Desconcertado por las evoluciones de la espada encantada dirigida por un puño de hierro, Maugiron rompía, procurando parar los golpes.

— ¡ Un poco de corrección, señor, ¡ qué diablo! — gritóle Bernardo. — De todos modos os obligaré á hacer lo que yo quiera, pues tal es mi costumbre... Por última vez, me juráis... ¿ Que nó? Bueno, pues como gustéis; mirad la punta de mi acero; parece fascinada,



atraída, por el más hermoso de vuestros dos ojos... Ved cómo los gavilanes de la vuestra sirven de guía á mi hoja milanesa... que se desliza, y vuela derecha á vuestro... ¡Valgaos el diablo, caballero, yo os prometo que viviréis; no he metido más que una pulgada de hierro... Viviréis, pero tuerto...

Maugirón acababa de dejar caer su espada; llevó ambas manos á la frente, y cayó sobre la hierba exhalando un grito de dolor.

La punta de la espada forjada en Milán habíale vaciado el ojo derecho, en menos tiempo del que se precisa para contarle y del que empleó de Entragues en levantarse.

De este tiempo habíase aprovechado Mercœur, quien poniendo una rodilla sobre su adversario caído le preguntaba en aquel momento:

— ¿Te rindes?

— Me rindo. El santo ha vuelto hoy la espalda á las gentes de Valois, amigo Felipe. Además, el hombro me duele mucho.

Hallábase en efecto herido en el hombro, que sangraba en abundancia. En vista de ello, y enorgullido por su triunfo, el joven Felipe Manuel se inclinó hacia su adversario para ayudarle á levantarse.

— ¡Vista á la izquierda, caballero! — dijo en alta voz de Entragues.

Era porque á la izquierda de ellos Chicot parecía próximo á sucumbir. Juan du Gaz excitado por el alcohol acometíale con furia, y hubiera triunfado indudablemente de la debilidad del enano, á no ser por Sed

de Amor para quien ver el peligro era lo mismo que vencerle.

El duque Rolando, recobrada ya su espada, acercábase gritando con furor; pero aún se hallaba á diez pasos de distancia de los combatientes. Diez pasos, veinte segundos; era más que bastante.

Alargó el caballero su espada en dirección de du Gaz, y este cayó al suelo como una masa, sin pronunciar ni una palabra, para no levantarse más. ¿Qué había ocurrido? Bernardo no acertaba á darse cuenta de ello, porque tenía la certidumbre de que su espada no había llegado al cuerpo del desgraciado miñón. Sin embargo, y aunque muy extrañado por el accidente, hubo de renunciar á enterarse de lo ocurrido porque el duque se le vino encima...

— ¡Vientrepapa! — rugió impaciente el caballero; — este demonio de hombre está rabioso, y me obligará á acabar con él.

— Eso es lo que yo me propongo hacer con vos, — gruñó Rolando.

Cruzáronse de nuevo las espadas.

— Poco á poco, — dijo con calma Bernardo manejando su acero con su acostumbrada habilidad; — se trata de enseñaros á vivir y á no hablar mal de las mujeres...

Rolando se tiró á fondo.

— Guárdate ese golpe habladorzuelo; — dijo.

— Pasó; ahora voy yo á marcaros unos cuantos lunares.

Y echándose á fondo tres veces consecutivas, el caballero decía:



— Éste por la señora marquesa; éste por el señor marqués; y éste otro por...

No pudo terminar la frase. Un grito acababa de oírse allí cerca. Una voz femenina había exclamado:

— ¡Bernardo!

Al oírlo, el caballero dió un salto atrás y levantó su espada, y sus ojos, como los de casi todos los allí presentes se volvieron hacia el hotel de Villanueva-Marsan. En una ventana de la esquina vieron algo así como dos brazos de mujer, desnudos, que se agitaban, tal vez haciendo señas. Luego, nada.

Iba de nuevo á comenzar el combate cuando otro incidente llegó á ponerle término de modo definitivo.

— ¡Alerta, señores! — gritó el conde de Epernon.

— Si no me engaño, hacia nosotros vienen dos jinetes de la ronda.

Oíase en efecto el ruido de los pasos de caballo por el lado de la casa de las Miñonas. Ello no obstante, Rolando se creyó en el caso de declarar:

— Conste, caballero, que continúo más que nunca á sus órdenes.

Sed de Amor sentíase desarmado por el grito que acababa de oírse, pues él estaba seguro de que era Solange quien lo lanzara.

— Si os parece, — dijo al duque, — suspenderemos por hoy el duelo.

— Sea: tanto más, — replicó Rolando, — cuanto que no deseo verme sorprendido por las gentes que se acercan. Reanudaremos pues el lance más tarde, en ocasión propicia. Y por mi fé os declaro que sois una

espada terrible. No me han tocado nunca. Pero, ¿qué hacemos de ese desgraciado?

Al decir esto, el caballero señalaba el cuerpo de Juan du Gaz.

— Nada. Lo importante ahora es huir. Ya se cuidarán de él los señores alabarderos... ¡En marcha!

Arrastrado por sus amigos, el héroe de aquel duelo memorable hubo de alejarse en dirección á la calle Tarane, siguiendo á los miñones del rey que sostenían á Maugiron dolorido y sollozante, mientras que tras ellos marchaban los no combatientes, espectadores maravillados de la lucha homérica.

Quando el último de ellos hubo desaparecido al dar la vuelta al muro de cerca del parque de Villanueva, el hombre de la capa, llevando aún en la mano la cerbatana de proyectil tóxico, abandonó el escondite desde el cual había visto y oído todo, y fué en derechura al cadáver de Juan du Gaz, sobre el cual se inclinó ansioso.

— ¡Es extraordinario! — murmuró luego de convencerse de que el joven estaba muerto. — Cayó en el momento preciso, y nada, ¡ni una herida! Sólo dos gotas... ¡Es admirable, admirable!

Luego se levantó. Preocupábale la idea de cómo haría transportar el cuerpo, cuando tropezó su vista con dos hombres que acababan de aparecer en el rectángulo soleado que separaba la casa de las Miñonas del hotel de los Villanueva: iban acompañados de un perro, y seguidos de un caballo y un mulo que llevaban por la brida.



Inútil nos parece decir que aquellos dos hombres no eran otros que nuestros antiguos conocidos Matraca y Cortomontel, y las cabalgaduras, el ruido de cuyos pasos hizo creer á los miñones en la llegada de jinetes de la ronda, el caballo arabe Djaulia y el mulo en que habitualmente cabalgaba el obeso escudero de Bernardo.

Los dos hombres y los tres animales penetraron en el terreno del juego de pelota, mirando sin cesar á todos lados para ver de descubrir al caballero en cuya busca iban. El zarzal les ocultaba el grupo formado por el hombre de la capa y el cadáver de du Gaz: sin embargo, *Diógenes*, que marchaba de descubierta, viólos de pronto, al franquear aquel obstáculo natural, y lanzó un aullido lastimero retrocediendo enseguida. Entonces Djaulia se asustó, fuese á la empuñada, lo que fué causa de que Matraca hubiera de soltar la brida, y sintiéndose libre el animal, dióse á correr en dirección á la casilla del guarda, tras la que desapareció en breve seguido de *Diógenes*, que también corría que se las pelaba.

Preparábase Matraca á correr tras ellos, cuando una voz formidable le contuvo.

— ¡Alto ahí! — había gritado la voz.

Las piernas de Cortomontel temblaron al oírla, y el hombre, pálido y angustiado, murmuró al oído de su compañero:

— ¡Obedécele, obedécele sin replicar!

Era el personaje misterioso de la capa y el amplio sombrero, quien acababa de ordenar el alto.

— ¿Ves ese cadáver, rústico? — añadió dirigiéndose á Matraca.

— Lo veo, sí, — dijo el escudero; — pero sabed que ya no soy rústico como decís...

Sin hacer caso de su protesta, el incógnito personaje continuó diciendo:

— Pues vas á cargarlo en tu mulo y á conducirlo derechamente al rastrillo del palacio del Louvre. Hay cincuenta pistolas para tí si cumples bien lo que te digo; cincuenta palos en el caso contrario. En el rastrillo encontrarás alguien que te espera. Hasta muy pronto.

Dicho esto, se alejó sin saludar.

— ¡Obedece, obedece! — repetía Cortomontel, siempre pálido y tembloroso.

— ¡Obedecer! ¿Por qué? — preguntaba asombrado Matraca. — Y sobre todo, ¿quién es ese fantasmón mal educado?

— ¡Es Sidi-Salem-Kebir!

— Por el nombre no le conozco. Habla, ¿quién es? Y Cortomontel acabó temblando:

— ¡El diablo!